

LA REVISTA DEL OBRERO

Los obreros y la opinión

La opinión pública no puede, racionalmente, manifestarse en contra de los trabajadores que luchan por mejorar las condiciones de su angustiosa existencia.

Sin embargo, con frecuencia leemos y oímos que una huelga, justísima en el fondo, es antipática, ó que tal ó cual acto de las asociaciones obreras ha merecido las censuras de la opinión.

Por qué sucede esto? Quiénes son los que forman la opinión del público?

Desde luego la causa de que tales cosas puedan decirse y escribirse está en que los trabajadores no saben formarse una opinión favorable á sus intereses. Siendo los más, pudiendo constituir por sí mismos la opinión de la mayoría, se dejan arrastrar en las grandes poblaciones por los periódicos de empresa servidores de los capitalistas, y en las pequeñas por la voz de algunos charlatanes atrevidos que no tienen más ciencia que la de halagar al que manda y despreciar á los humildes.

Faltos de compañerismo, muchos trabajadores prefieren escuchar á los enemigos de su clase y condenar á sus hermanos, que solidarizar con éstos y defenderles como sería noble y justo.

Muchos trabajadores, sobre todo en las luchas obreras que no afectan directamente á su localidad y oficio, obran como si no les importara de ningún modo, como si los luchadores no fuesen hermanos suyos, como si ellos no pudiesen hallarse en la misma necesidad, corriendo, por lo tanto, la misma suerte.

Pero hay más: algunos trabajadores se portan como si se avergonzaran de serlo. No sólo no quieren solidarizar con sus compañeros, sino que procuran apartarse de ellos; procuran diferenciarse hasta en el traje, y buscan el trato de los burgueses que *se dignan rebajarse* hasta concederles una humillante amistad condicional. Si á fuerza de engañar al estómago han logrado hacerse con una corbatita de gomoso para los días festivos, llegan á menospreciar á sus compañeros de esclavitud y les califican de *chusma* y de *descamisados*. Claro está que los burgueses desprecian á estos trabajadores fatuos más que á los otros; pero ellos no saben verlo y forman coro y aplauden cuanto sus enemigos dicen y hacen contra sus hermanos. Y no se desengañan hasta que les llega el turno de ser atropellados.

Estas faltas de compañerismo de los trabajadores, unos por necios y otros por indiferentes, dan lugar á que en muchos casos se forme una opinión contraria que perjudica gravemente los intereses de todos.

Los curas negando contra la evidencia las faltas más escandalosas de los suyos, y los

militares condenando en rigurosos consejos de guerra al paisano que riñó con alguno de ellos ó al que habló contra el militarismo en un mitin, son ejemplos de exageración del *espíritu de cuerpo* que no merecen ciertamente alabanzas. No deseamos que hagan cosa semejante los trabajadores. Al contrario, condenaríamos en éstos también todo lo que fuera contra la razón y la justicia.

Pero con justicia y razón podrían ayudarse un poco más los trabajadores. Podrían al menos enterarse de por qué combaten sus compañeros, de lo que se proponen y de los medios que emplean, tanto en la lucha general que mantienen los obreros conscientes contra el régimen capitalista, como en las luchas parciales que surgen con frecuencia para conseguir de momento alguna pequeña mejora ó para protestar de algún insufrible atropello.

Así no se verían en el caso de tener que callar cuando sus compañeros de trabajo y de sufrimientos son vituperados sin pudor y sin conocimiento de causa por algún charlatán al servicio de la burguesía.

Así se formaría entre los trabajadores una opinión segura, que aumentaría la fuerza moral de los luchadores, contribuyendo con mucho á los triunfos momentáneos y, sobre todo, á preparar la revolución que ha de acabar con el actual régimen de privilegios, de tiranía y de hambre.

La opinión es una fuerza que podría ser de gran utilidad para los trabajadores. Hoy está en manos de sus enemigos. Hay que conquistarla.

JUAN CUALQUIERA

Dos pueblos

Una importante revista parisiense ha publicado en su último número un artículo de Lucien Descaves dedicado á los revolucionarios rusos. Todo un mundo de ideas y sentimientos, de afanes y amarguras, ha brotado de la pluma del articulista para enseñar á los oprimidos como se trabaja por la libertad de un pueblo. Ilustran el trabajo una serie de interesantes grabados que presentan al tipo del revolucionario ruso en diferentes situaciones de su agitada vida. Hay un convoy de deportados á Siberia en que un cosaco pega brutalmente á un joven que recibe los golpes con fiera altivez, mientras en torno suyo hombres encadenados cierran los puños furiosos de su impotencia y, sobre el grupo miserable, dominando la llanura cubierta de nieve, horriblemente grande, despiadadamente desierta, se cierne como una nube la idea de venganza que en aquellos cerebros germina al recibir el insulto.

Más adelante, quizás como compensación del anterior, otro grabado representa el momento en que una bomba hace volar en

añicos el coche del gran duque Sergio y en las páginas siguientes aparecen sucesivamente: un departamento de las prisiones de Moscou donde aguardan su turno para el gran viaje los presos por rebeldía cubiertos de harapos y tendidos sobre lecho de asfalto; una carga de los cosacos en las calles de Sant Petesburgo en que hay niños estrujados entre las patas de los caballos y ancianos con el rostro acardenalado por los latigazos; una pobre habitación del barrio latino de París donde algunos refugiados fugitivos de las garras del Zar trabajan febrilmente en lucha contra la miseria y despliegan poderosas energías para la continuación de su obra revolucionaria.

Desisto de transcribir algunos párrafos del artículo de Descaves porque siendo eminentemente burguesa la revista en que se ha publicado y en la cual no hubieran sido admitidos ciertos comentarios apasionados, el trabajo es puramente descriptivo; una recopilación de datos interesantísimos que dejan entrever una vasta organización, poderosa hasta el punto de tener en jaque el poderío del Zar, cuya libertad individual limita, fuerte hasta poder poner en vigor la tremenda máxima ojo por ojo y diente por diente; invisible pero omnímoda hasta conseguir que las decisiones del comité ejecutivo se cumplan fatal é irremisiblemente. Tal es la organización de combate que conmueve actualmente el trono más alto de Europa lanzando á la revolución al pueblo ruso; asociación formada por hombres inteligentes y abnegados á quienes no han podido doblegar ni los fríos siberianos, ni los tormentos de las prisiones, ni los látigos de los cosacos.

Su aparición, la aparición de la noticia de que existen, de sus trabajos, de sus sufrimientos, ha sido saludada por una corriente general de simpatía, porque siempre lo sublime ha tenido y tendrá la virtud de conmover despertando lo que hay bueno en el corazón de los hombres. Esta simpatía se ha hecho extensiva á todo ese pueblo que llorando la pérdida de sus hijos destrozados en los campos de batalla de la Mandchuria, y perdida de su fé en la omnipotencia de su patria y en la protección de su Dios, busca su bienestar por orientaciones menos engañosas y riega un día y otro con su sangre el camino de su libertad.

Los grandes dolores que afligen á los pueblos conmueven al mundo, pero cuando el que los sufre demuestra que es digno de mejor suerte y lucha por conquistarla, demuestra que es digno de admiración. Sólo los dolores ignorados, los que se sufren con evangélica resignación, son infecundos y pasan sin dejar huella, sin hacer partícipes de su sufrimiento á los tiranos que los producen y sin fijar un momento la atención de

esa parte de la humanidad que piensa y anhela con los oprimidos.

Así son los nuestros, los de ese pueblo de España tan semejante en su situación al pueblo de Rusia, cuyo parangón establecía por comprensible sucesión de pensamientos. Las mismas tiranías producen para ambos idénticas penas. Si el uno vé morir á sus hijos allá en la Manchuria ó volver con la humillación de la derrota, el otro les ha visto no ha mucho tiempo volver consumidos por la anemia, avergonzados y vencidos, sin que la protesta haya turbado el sueño de los responsables. Si allá los huelguistas son muertos en las calles por la fuerza armada, aquí son los obreros fusilados en las calles sin que la idea de la revancha reanude la lucha al día siguiente. Si en Rusia en fin se castiga como el más horrendo delito la idea, en España se aherroja el pensamiento y se sepulta vivo al que piensa, y el hambre azota regiones enteras cuando la sequía asola fértiles campiñas, sin que el clamor de los miserables suba más alto que adonde le lleva la columna de un periódico. Y son aquí estériles aquellos mismos dolores que elevan á un pueblo á lo sublime cuando de ellos germina una revolución.

¿Es que habremos de resignarnos á creer que, como ha dicho Bonafoux con motivo del centenario de la obra de Cervantes, somos un pueblo á quien mejor que la armadura de Don Quijote sientan las alpargatas de Sancho? Será verdad que las colectividades como los individuos atraviesan periodos de crisis en que la cobardía abate el ánimo y mata el sentimiento de la dignidad? Si quisiese emplear una frase gastada, diría que la historia juzgará á todos; mas ¿á qué aplazarlo á tan incierta fecha si podemos decir que ya el mundo nos juzga? El mundo que ríe de nuestros ayes como de las contorsiones bufonescas, que no cree en nuestras penas, que sabe que en España se saca todavía de las plazas en hombros á los toreros, que no vé al otro lado de los Pirineos sino el cuadro de un pueblo embrutecido, casi salvaje según ellos, ni escucha otro gemido que el eco de guitarras y panderetas que como fúnebre marcha acompañan en su decadencia á un pueblo que suponen vegeta en eterna juerga.

JESÚS NAVARRO

Paris, Mayo 1905.

El libro y el periódico

Un profundo pensador y distinguido orientalista presenta con vivísimos colores el cuadro de las antiguas civilizaciones asiáticas, compara la exuberancia de vida que alcanzaron con el triste estado de ruina y desolación en que yacen lo que antes fueron opulentas ciudades, y llega, por la asociación lógica de las ideas, á preguntarse si un viajero del porvenir vendrá á deplorar la instabilidad de las obras humanas sobre las ruinas de los modernos imperios de la civilización. Tan desconsoladora idea queda desvanecida ante esta consideración: «Ahora existe la imprenta».

Si analizamos el pensamiento de aquel sabio, hallaremos la serie de juicios que le llevaron á afirmar que la actual civilización no será destruída, sino encaminada por incesantes reformas á la mayor suma de bienestar y de dignidad individual y colectiva; es decir, dirigida á la práctica de la justicia social en tanto grado como sea dable adquirirla á la especie humana.

La India, bosquejo social, estacionaria por la inmovilidad de sus castas, con sus privilegiados brahmanes y sus abyectos parias, no podía servir de molde al espíritu humano.

El Egipto, místico organismo, con su casta sacerdotal monopolizadora de la ciencia y con aquel pueblo embrutecido por los mitos religiosos, tampoco podía encauzar la marcha de la humanidad.

La Persia, gráfica representación del principio de autoridad, inmenso imperio dividido en una especie de sub-imperios llamadas satrapías, distaba aún de hallar solución al problema de la continuidad de la vida de nuestra especie.

Grecia, emporio del arte, cuna de la filosofía, que dió á luz la idea de libertad y entabló la lucha entre la libertad y la autoridad, no logró tampoco, como los otros pueblos sus predecesores, constituir la vía del progreso.

Roma, incoherente agregado de aventureros en su principio, república avasalladora de envejecidos imperios y de pueblos semi-salvajes después, y por último absorbente centralización que derrochaba en estupendas orgías el producto de las fuerzas vivas del mundo conocido, echó inconscientemente los cimientos de la solidaridad humana.

Los pueblos del Norte, desbordándose como impetuoso torrente por los extensos dominios del corrompido imperio romano y aceptando el cristianismo, inauguraron aquel tenebroso periodo que se conoce en la historia con el nombre de Edad Media.

De las ruinas del imperio romano surgieron las nacionalidades modernas, y con ellas los modernos idiomas y diversidad de costumbres y consiguientes aplicaciones del derecho.

Pero si el imperio romano había muerto, quedaba un poder creado á su imagen y semejanza; aquél había iniciado la idea de solidaridad y éste se aprovechaba de ella para reunir á todos los solidarios en la común aspiración de la salvación eterna á cambio de los bienes terrenales que aquel odioso poder, conocido con el nombre de Iglesia católica, absorbía como la astuta serpiente atrae al débil pajarillo.

Mas, reconocida la solidaridad humana universal, volvióse los ojos á la Antigüedad pagana, y á la inmovilidad católica, á aquel cullejon sin salida en que la Iglesia había metido á la humanidad, á semejanza de astuto bandido que atrae á inexperto caminante, opusieron las imperecederas obras de los clásicos griegos y latinos, y alboreó el Renacimiento.

Pocas palabras se habrán inventado para expresar un nombre abstracto tan gráficas, tan adecuadas y tan expresivas como esta: ¡Renacimiento! El que conoce algo la historia, y ve los pueblos y los imperios nacer, desarrollarse, llegar á un relativo apogeo, entrar en más ó menos rápida decadencia y por último desaparecer, tiene momentos en que llega á sospechar que exista un misterioso ciclo de vida para las naciones. Consuela la consideración de que lo bueno alcanzado por un pueblo muerto acéptalo y perfecciónalo su sucesor, y llena de inefable esperanza la seguridad, no de que hayan renacido ideas olvidadas, que este renacimiento cada pueblo lo tuvo respecto á su antecesor, sino que la humanidad es la renacida, por cuanto se siente una, indivisible y ha hallado el medio de progresar sin perecer; ya no quedarán los ideales de progreso para un pueblo heredero, sino que el mismo pueblo, á lo sumo pasadas algunas generaciones, los dará debido cumplimiento; y una nación no acaparará una idea, sino que se extenderá por todas las naciones y en todas se hará práctica; y ya no habrá más naciones muertas, sino reformadas, y de reforma en reforma vendrán quizá á desaparecer denominaciones histórico-geográficas para dar lugar á las que á las colectividades del porvenir impondrán las sublimes ideas de solidaridad, justicia y trabajo destinadas á llenar el mundo; que en menos estima te-

nemos, por ejemplo, el nombre de españoles que nos impuso la tradición histórica por la dominación teocrática, la tiranía política y la explotación capitalista, que el de trabajadores, como quien cumple deberes, y de hermanos, como quien goza derechos.

Con el Renacimiento coincidió el descubrimiento de la Imprenta, y este poderoso medio de difusión del pensamiento vino á dar al género humano como la conciencia de su ser. Antes sólo existía como medio de unión el dogma religioso y la tiranía política, y esta unión era relativa, por cuanto establecía infranqueable muralla entre los creyentes de las diversas religiones, é indigna, por cuanto separaba indefinidamente á los vasallos de los diferentes dominadores de las naciones. Pero cuando la obra de Gutenberg recogió con indestructibles caracteres el fruto del pensamiento, popularizó la ciencia y dió al individuo la conciencia de su derecho, quedaron sentadas las bases de la futura unión universal en la aspiración á la belleza, á la verdad y á la justicia.

El libro vino á constituir el archivo del saber: la ciencia, la filosofía, la bella literatura, la poesía, la crítica, los sistemas, las religiones, todo cuanto ha brotado del pensamiento y de la imaginación del hombre hallase consignado en él; todas las esperanzas, todas las ilusiones, todas las verdades, todas las aspiraciones formando infinitas combinaciones de los sencillos signos del alfabeto, llenan esas innumerables páginas, desafiando con su indestructible existencia el furor y el fanatismo de los impotentes Omnes del porvenir.

El periódico surgió luego como consecuencia lógica cuando empezaron á sentirse los efectos del libro. Si la Enciclopedia produjo la Revolución, el periódico la impulsó hasta sus últimas consecuencias, consignando los acontecimientos, discutiendo los actos y las personas, acumulando las ideas y levantando esas terribles tempestades de la pasión que, ora conmovían hasta sus cimientos las más seculares instituciones, ora presentaban en brillantes espejismos las más encantadoras utopías para los tiempos venideros.

Con el libro almacenamos, perfectamente clasificados, todos los conocimientos; con el periódico luchamos diariamente por la conquista de la libertad y de la igualdad. No importa que como vestigios del pasado las clases privilegiadas quieran velar la verdad en el libro y dar falsa dirección á la opinión pública por el periódico, porque, verdadera arma de dos filos, se vuelve en contra del imprudente que de ella abusa, y si por nuestro componedor pasan cada día la elucubración mística, el sofisma económico y la filfa política, destinados cándidamente por sus autores á detener la marcha del progreso, surgen cada día nuevos campeones de la verdad á quienes no detienen viles consideraciones, y en último término las aspiraciones revolucionarias entran en el dominio de la ciencia, y como científicos obtienen el derecho al respeto y á la consideración universal y se manifiestan también por el libro y por el periódico.

Con tan valiosos elementos tenemos asegurado el porvenir, faltanos valernos de ellos en el presente como arma de combate, y si esto nos es imposible individualmente como proletarios, es posible y hasta fácil colectivamente. En la Asociación está nuestra fuerza, nuestra ilustración y la reivindicación de nuestros derechos. Con ella, entre tan preciadas conquistas, se halla la de consignar en el libro la demostración de nuestro derecho y la de juzgar á nuestros enemigos por el periódico. Asociémonos, pues, y pronto el libro y el periódico de los proletarios, al manifestar que el nivel intelectual de los desheredados es por lo menos igual al de los detentadores, establecerán aquel nivel social que ya proclama la ciencia y que mucho antes presintieron los generosos propagadores de la idea de justicia.

ANSELMO LORENZO

(«La Asociación» 30 Junio 1885)

Moral profesional

(Recuerdos de la «Factoría de la Muerte.»)

Una semana después de desaparecer nuestro galeno, al anochecer de un día bastante fresco, nos trajeron á un herido grave. Era un joven italiano, un pobre calabrés de esos que siegan la tierra toda con su sudor y aparecen en cualquier parte del mundo al menor anuncio de sueldos elevados, sin preocuparse del clima ni de la máleza del trabajo. Siguiendo los preceptos del Reglamento de la Factoría había sido condenado á trabajar en los pilotages de la laguna por el delito de protestar contra los abusos del Administrador de la Cantina.

El golpe, recibido en la espalda no se supo cómo, le había producido la fractura de dos costillas. La primera cura la hizo M. Pichot, un buen hombre que tenía el botiquin y ejercía de practicante; pero con tan mala suerte que dos días después aparecieron los primeros síntomas de *periostiosis*.

Durante muchos días los alaridos del paciente llenaron la modesta sala de un ambiente tal de tristeza, que cierta locura nerviosa se apoderó de los cuatro ó seis enfermos que la poblábamos; salvo yo, todos protestaron del enfermo; pero la crueldad de estas gentes tenía una justificación: la depresión moral producida por sus dolencias. Al único ser á quien no abonaba ninguna circunstancia especial era el jefe del cuerpo de guardia.

¡Vaya una fiera!

Este cuerpo de guardia lo componían diez soldados del 3.º Regimiento de Tiradores Argelinos, y un sargento francés, M. Laurence. El objeto de esta pequeña guarnición era guardar á los enfermos condenados á trabajos públicos que ocupaban un departamento inmediato á los enfermos civiles, y «guardarnos á todos de cualquier atentado de los indígenas.»

M. Laurence, *toleraba* que el calabrés infringiera el Reglamento del Hospital con sus gritos de dolor, hasta que una desagradable cuestión surgida entre él y yo le produjo tal enojo que ordenó el cumplimiento del Reglamento, el cual impone «reposo absoluto». Lo habían redactado militares.

A las pocas horas de haber dado la consigna del «reposo absoluto» todos los soldados habían sido condenados por desobediencia. Ninguno había podido hacer que callara el joven italiano y el monstruo no había visto hasta entonces que las órdenes terminantes de un militar no se cumplieran con exactitud.

Cuando cuadrados y con la mano derecha á la altura de la cabeza le hacían los soldados alguna tímida observación sobre el estado del enfermo, M. Laurence repetía con furor de fiera: He ordenado *reposo absoluto*. Y de paso que vomitaba alguna blasfemia cuartelaria, arrojaba con furia de metralla negros escupitajos de su boca, siempre llena de tabaco fuerte.

La profesión había atrofiado al hombre.

A veces era accesible; y como todos los brutos tienen momentos de lucidez M. Laurence los tenía también. Entonces se podía acercarse uno hasta él, y, cautelosamente, observando con habilidad las fases de su reacción patológica, hasta era posible dirigirle la palabra. Cuando se adivinaba que Tartarin cosquilleaba á nuestro sargento, aprovechaba yo la ocasión y le saludaba: —¡Buenos días M. Laurence! Y si después de una sombría mirada que hacía espantables sus ojos, contestaba secamente: ¡*Bon jour!* podía decirse que, por un momento al menos, la fiera no haría uso de sus garras.

Sin embargo, no estaba todo vencido. Había que tener acierto en la elección de asuntos; pero existía cierta seguridad de interesarle hablando de guerras y batallas. Vencidas estas dificultades, observábase que en su alma atrofiada por el oficio se despertaba el verbo ridículo de una locuacidad estúpida. Un raudal de mentiras y de infa-

mias salían en tropel de su boca. El, que no había sostenido otras batallas que las libradas en el cuartel contra sus inferiores, nos relataba sus combates en el Tonkín y sus hazañas de guerrillero, leídas probablemente en esa baja literatura militar, que tiene el mérito de completar la evolución reversiva de los que la toman en serio.

Ya su discurso en marcha, llegaba hasta reírse. Entonces respirábamos todos exhalando suspiros de satisfacción. De vez en cuando levantaba fieramente la cabeza, y por debajo de un *humbertesco* bigote rubio lanzaba á increíbles distancias un par de disparos de nicotina, como negros proyectiles salidos de una vieja tronera. A cada desahogo de estos crecía su bárbara elocuencia, como si en su interior la explosión de una horrible tormenta convirtiera su boca en un torrente.

Su padre, nos decía, había muerto en la toma del *Mamelón vert* en Crimea cuando iba á ascender á comandante, y su madre pereció trágicamente en Dijou luchando contra los prusianos. Toda su ascendencia, desde antes del primer imperio, era de militares.

Y cuando yo oía todas estas atrocidades sabía ya que su padre fué un honrado campesino provenzal, y que su madre, vieja y abandonada, vivía en la mayor miseria en un pueblo cercano á Marsella, Mr. Pichot era de Aubagne y tenía algunos antecedentes acerca del pasado de nuestro bigotudo sargento.

¡Que extraña conducta la de este hombre! Prefería que sus padres hubiera muerto bárbaramente en la guerra á declarar con orgullo la modesta y noble honradez de los autores de sus días.

**

Una vez, á los pocos días de haber ingresado el pobre calabrés, quise aprovechar uno de esos momentos en los que era accesible para pedirle que se interesara por el herido. Le supliqué que diera parte al capitán, jefe de la Factoría, que avisara al médico si acaso se hallaba de caza ó en algún servicio especial, ó bien que, aún faltando á los dispuesto por el reglamento, nos dejara á Pichot ó á mi prodigarle algún consuelo durante la noche. Impensadamente nombré á su madre y le pedí en su nombre que hiciera cuanto le fuera posible por el desgraciado italiano.

El efecto de mis palabras fué completamente negativo. Como los espíritus que obedecen á Pluton tienen el poder de producir la tempestad tuvieron mis palabras el desgraciado mérito de encolerizar á monsieur Laurence. Con una fea contracción del entrecejo y una mueca casi horrible, me hizo comprender que el recelo con que miraba mis relaciones con el practicante Pichot, era completamente fundado. Comprendí que mi imprudencia había delatado á mi buen amigo el botiquinista y repentinamente, como iluminado por reflexión súbita, volví la frase; continué como si nada hubiera visto hablando de su madre, de su anciana madre que estaría allá en Italia esperando al hijo de sus entrañas, y por un instante creí haber modificado los graves efectos de mi torpeza.

Sin embargo, ni volvió á levantar más la cabeza ni su sombría mirada expresó por mucho tiempo ciertos reflejos de bondad y de dulzura que aparecían en sus momentos de expansión afectiva.

Y aquella noche, mientras yo me revolvía sobre el duro lecho, presa de una agitación que todavía no he olvidado á pesar de los años transcurridos, reprochándome la indiscreción con la que había puesto en evidencia al embustero Laurence, fué cuando este monstruo ordenó el cumplimiento exacto del estúpido Reglamento del infecto hospital.

El hijo infame se sentía deshonrado al enterarse de que yo conocía su noble y verdadero origen. Y como la máquina de guerra, cobarde y brutal, había sufrido tan rudo golpe en su honor, se sintió presa de un acceso

de barbarie. En cuanto á nosotros, y principalmente mi infeliz protegido, sufrimos todo el peso del aborrecible militarismo.

JACQUES LE BOHEMIEN

CONGRESO

de la Federación Regional

Se ha celebrado en el Centro Obrero de la Costanilla de los Angeles en Madrid.

Sus acuerdos se han publicado en un *Manifiesto*, que no insertamos por su mucha extensión, pero cuyo extracto es como sigue:

1.º Unificar los pensamientos en las luchas sociales, informando la Federación á todas las secciones de las luchas que sostenga cada una de ellas y editar un millón de ejemplares de un folleto en que se espongan las causas del malestar social y sus remedios.

2.º Combatir la crisis porque atraviesa la clase obrera, exigiendo para la mujer el mismo sueldo que para el hombre y separando del trabajo á los niños. Extender entre los trabajadores la práctica del cambio de productos.

3.º Para hacer más práctica la solidaridad moral entre los trabajadores de todo el mundo, propagar los principios económicos revolucionarios entre los obreros explotados del mar y acudir á la huelga general internacional cuando se atropelle á los trabajadores.

4.º Concertar un día de descanso semanal entre las sociedades obreras y los patronos, pero cobrando el jornal como los demás días.

5.º Fomentar la publicación de periódicos obreros y boicotear á la prensa enemiga.

6.º Sostener correspondencia con los centros obreros del extranjero para promover agitación con el fin de lograr la libertad de los presos por cuestiones sociales.

7.º Procurar hacer más agradable y llevara la ruda labor del obrero del campo, por medio de la asociación y la negativa de facilitar productos agrícolas en los mercados cuando esta medida sea necesaria.

8.º Publicar un folleto con las bases de la Federación y los acuerdos de los Congresos anteriores.

9.º Emplear medios energicos para evitar que los patronos arruinen la industria cochotaponesa exportando al extranjero las primeras materias sin elaborar.

10. Abstención de tomar parte en cualquier movimiento político y, en el caso improbable que se produjera, aprovecharlo para conseguir ventajas económicas. Al mismo tiempo se hace constar por el Congreso en pleno la simpatía hacia los obreros rusos y la protesta más enérgica contra sus asesinos los autócratas moscovitas.

11. Recomendar á las secciones la creación de Escuelas racionalistas de carácter mixto y la constitución de grupos de apoyo hacia los niños desvalidos y explotados por la beneficencia oficial y por los que hacen oficio de la mendicidad.

12. Recomendar la organización de suscripciones á favor de los obreros presos.

13. Creación de una Liga para abaratar el precio de los alquileres y defender á los inquilinos pobres contra los abusos de los propietarios.

El Congreso acuerda que este año resida la Oficina Regional en La Coruña y que el próximo Congreso se celebre en la segunda decena de Abril de 1906.

Biblioteca de

«El Porvenir del Obrero»

1. **La Ganancia**—*Consideraciones generales según el criterio libertario*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
2. **El Patrimonio Universal**—*Conferencia sociológica*, por Anselmo Lorenzo; 15 céntimos.
3. **La Anarquía**, por Eliseo Reclus; 15 céntimos.

¿Otro complot?

Con el título de *Captura importante* publica *El Liberal* del martes 30 de Mayo la siguiente relación:

«El domingo por la noche el Delegado del Gobierno señor Cabanillas recibió un telegrama cifrado del Gobernador de Barcelona notificándole que el día siguiente llegaría un Inspector de policía con una misión especial.

Efectivamente en el vapor de ayer mañana llegó el agente especial de aquel Gobierno D. Antonio Ramirez (a) *Memento*, expicador de toros y no muy celebrado autor dramático.

Por de pronto no pudimos averiguar que motivos le habían traído pero al anochecer ya se nos aseguró que había procedido á la captura de un joven que trabajaba en los talleres de la «Sociedad Anglo Española».

Esta mañana hemos seguido indagando lo que había de cierto, pudiendo averiguar que era cierta la detención y que el citado joven había pasado la noche en la cárcel.

A las diez de esta mañana y escoltado por dos agentes de orden público ha sido conducido á la Delegación del Gobierno, en donde ha estado declarando hasta las dos de la tarde, siendo luego conducido al Juzgado de primera Instancia y de allí convenientemente custodiado por una pareja de la benemérita al vapor que ha salido para Palma, desde donde será trasladado á Barcelona.

El detenido, á quien hemos tenido ocasión de ver es un joven alto, de aspecto simpático, aun no ha cumplido los veinte años de edad, y es de oficio fundidor; hace dos meses que llegó á Mahón, diciendo llamarse Alfredo Pi, aun cuando se asegura que esto es un nombre supuesto.

La detención obedece según se dice de público á que dicho joven pertenecía al grupo anarquista de Barcelona «Juventud Libertaria» y á suponersele complicado en algunos de los graves sucesos allí acaecidos hace algunos meses.

Como los cargos que contra el mismo se acumulan son tan graves y el asunto se halla *sub judice*, nos abstenemos de hacerlos eco de ellos.»

El diario conservador *El Bien Público* del mismo día se clarea más y habla de la bomba de la calle de Fernando de Barcelona. No sabemos de donde habrán sacado estas noticias ambos diarios.

Nosotros creemos que nada de esto es cierto. Creemos que se trata de un nuevo infundio de *Memento*, como el de la prostituta Segundina Casellas que tanta gloria dió al ex-torero y autor de comedias ja-leadas.

Es posible también que esta detención, como los registros efectuados en Barcelona, obedezca solamente al afán policiaco de lucirse y *hacer que hacemos* con motivo del viaje del Rey á París.

En nuestra opinión *El Liberal* se ha apresurado mucho al calificar los sucesos de *captura importante*.

Lo de Baracaldo

La huelga de inquilinos de que hablábamos en un suelto de nuestro número anterior adquirió grandes proporciones gracias á la intransigencia de los propietarios y á la actitud de los militares que para ayudar á aquéllos acumularon las tropas en aquella región.

Por la prensa burguesa sabemos que los vecinos sacaron los muebles al arroyo, interceptando con ellos la vía del ferrocarril y dificultando la marcha de los trenes.

Los obreros de los diferentes oficios abandonaron sus trabajos, declarándose el paro general por solidaridad con los huelguistas.

Gracias á las visitas que se han tenido que hacer á los domicilios de los trabajadores, se ha visto la razón que tenían de declarar la huelga, pues aquéllos más que casas son pocilgas indignas de que las habiten personas, á pesar de lo cual los propietarios exigían alquileres enormes.

Las últimas noticias que tenemos son que las razones de los obreros no fueron reconocidas y que sus protestas han sido ahogadas por la fuerza.

Hay algunos heridos y muchos detenidos, entre ellos varias mujeres, de los que se ha hecho cargo la autoridad militar, conduciéndolos á Bilbao.

Por fin, ha sido puesto en libertad nuestro querido compañero Ignacio Clariá.

Con el nombre de Copérnico ha sido inscrito en el registro civil de Villa-Carlos un hijo de nuestros amigos Juan Lozano y María Vidal.

Los curas de aquel pueblo pronto tendrán que declararse en huelga forzosa.

Extensión Universitaria

El señor Pérez de Acevedo pronunció el sábado la séptima lección sobre las *Leyes de la Historia*.

Refutó el error expuesto por algunos pensadores que suponen que la civilización marcha *siguiendo el camino del sol*, ó sea, de oriente á occidente.

Señaló los primitivos centros de cultura; el Egipto y la Caldea, de donde procedió la civilización griega y romana; la China, que todavía es casi desconocida de los europeos; y la civilización americana que hallaron establecida los españoles en México y Perú, de la que no queda sino el recuerdo.

El medio no favorece el desarrollo de la civilización, sino que lo permite. El hombre, con su inteligencia y su voluntad, lucha contra la naturaleza ciega é inconsciente, modificando las condiciones del medio, ó adaptándose á ellas.

El hombre puede modificar, no sólo las condiciones del medio en que ha de vivir, sino también las facultades y potencias de su organismo. Los pueblos grandes no son aquellos que habitan países privilegiados por su fertilidad, sino aquellos que poseen mejores condiciones de energía, lo que llamamos *carácter*.

Comenzó verdaderamente la civilización el día en que el hombre comenzó á conocer y amar y concibió ideales capaces de impulsarle á luchar contra las fuerzas naturales, dominándolas y superándolas, puesto que el hombre ha creado la ciencia y el arte y ha alcanzado el noble sentimiento de la justicia y de la piedad, lo que no hubieran podido realizar aquellas fuerzas, con ser tan grandes.

El señor Acevedo prometió continuar sus interesantes lecciones, que el público escucha con tanto agrado.

Libros populares

La casa editorial F. Sempere y C.^a, de Valencia, ha publicado una nueva serie de volúmenes á cual más interesante.

José Ingegnieros, notable frenólogo sudamericano, en *La simulación en la lucha por la vida* ha trazado un cuadro amplio, vastísimo, de miserias sociales. Seres abyectos, la escoria de la sociedad sometida al análisis más escrupuloso, al más minucioso de los estudios, páginas que denotan un profundo espíritu observador, un mundo originalísimo y sugestivo es el que el joven Ingegnieros pinta en su obra por todos conceptos digna de atención.

El tablado de Arlequin es un *recueil* de estudios y artículos del distinguido escritor Pío Baroja. En todos ellos campea la sátira finísima, peculiar en el autor de «*Silvestre Paradox*». Discurre Pío Baroja sobre distintos temas arrancándole su estudio hon-das meditaciones, cautivando al lector, que

no puede abandonar el libro hasta leer su última página.

Cosas de España, del escritor francés Próspero Merimée es realmente un libro notabilísimo. El insigne literato hizo un viaje por nuestra nación y cuanto vió y oyó contar le sirvió para aderezar una serie de interesantísimas narraciones, entre las que sobresalen la historia de don Juan de Mañara, del famoso bandido José María «El Tempranillo», «Una corrida de toros», etcétera, etcétera.

Cuadros históricos de la Revolución Francesa, de Chamfort, es uno de los libros más verídicos que se han escrito sobre la terrible conmoción que derrocó la tiranía. Avaloran sus páginas el hecho de que Chamfort escribe lo que ha visto. Son páginas de un realismo conmovedor que pasan por nuestros ojos, dándonos la sensación de la verdad, envolviendo nuestro espíritu en el calor de aquellas terribles agitaciones que asombraron al mundo con sus escenas de heroísmo y de crueldad, de amor y de odio.

La Anarquía y el Colectivismo es un libro de combate, del ilustre sociólogo francés A. Naquet. Defiende el colectivismo enfrente del comunismo expuesto por Kropotkin en *La Conquista del Pan*. La aparición del libro de Naquet ha suscitado interesantes polémicas en Francia, como probablemente las suscitará en España. Es una obra elevada, hermosa por su estilo y por su fondo.

La antigua y la nueva fé, del filósofo alemán Strauss, es un libro indispensable en la biblioteca de todo hombre amante del progreso. Sus páginas ardientes y sencillas, destruyendo errores y prejuicios religiosos, sólo pueden compararse á las de Draper en sus «*Conflictos entre la Religión y la Ciencia*».

Todos estos libros llevan en la cubierta el retrato del autor y se venden al precio de una peseta el volumen.

Suscripción para los compañeros presos en la cárcel de esta ciudad á consecuencia de las luchas obreras.

SUMA ANTERIOR, 55'30.

MAHON

Juan Ferrer, 0'25.—Antonio Mir Pérez, 0'10.—Juan Juanes, 0'25.—Julio Cabello, 0'25.—Pedro Febrer, 0'25.—N. N. Libertario, 0'30.—A. M., 0'25.—M. Bernasar, 0'25.—J. M. Zaragoza, 0'25.—Lorenzo Cloquells, 0'50.—Lorenzo Barber, 0'10.—Genís, 0'15.—Jaime Jams, 0'30.—Lorenzo Arnau, 0'25.—Juan Fortuny, 0'25.—Bartolomé Pons, 0'10.—Antonio Mari (a) 14, 0'25.—María Aragonés (a) 14 y 172, 0'10.—Paco Mercadal, 0'25.—J. Mir, 1'00.—Juan Manent, 0'25.—Juan Rotger, 0'30.—José Ripoll, 0'20.—L. F., 0'25.—Juan Sintés, 0'50.—Pedro Bagur, 0'10.—Camitas, 0'25.—Antonio Fluxá, 0'25.—Juan Orfila, 0'30.—Bartolomé Caldentey, 0'75.—Jaime Payeras, 0'15.—Luis Vila, 0'25.—José Sintés, 0'50.—Pedro Pons, 0'20.—Antinio Bagur Aloy, 0'80.—Juan Bagur Aloy, 0'60.—TOTAL, 11'00.

VILLA-CARLOS

Palmira, 0'75.—Polo, 0'25.—Fluxá, 0'25.—Mariano Mari, 0'25.—Antonio Vidal, 0'25.—Bartolomé Pons, 0'25.—María Mari, 0'15.—Pedro Prats, 0'25.—J. P., 0'25.—Juan Carretero, 0'25.—José Manent, 0'15.—Un Cojo, 0'20.—Uno que se quiere casar, 0'25.—Juan Tuduri, 0'25.—TOTAL, 3'75.

SUMA TOTAL, 70'05.

CORRESPONDENCIA

Carlet.—S. P. Enviamos cinco ejemplares desde este número.

Utiel.—S. G. Va el medio paquete desde este número. Las condiciones solemos publicarlas en la cuarta plana.

Granollers.—J. P. Recibida libranza. Del original que nos hablas no recordamos nada.

Villafranqueza.—V. Ll. Recibidas tres pesetas.

Santander.—M. M. Anotamos las 10 pesetas; hacemos modificación.

Imprenta de «El Porvenir del Obrero».